

APROXIMACIONES AL CONFLICTO ARMADO EN COLOMBIA Y SUS IMPLICACIONES EN LA CONSTRUCCIÓN DE SUBJETIVIDADES: UNA MIRADA HISTÓRICA Y PSICOSOCIAL

Jymy Forero¹

Resumen

La relación entre violencia, política y economía ha sido suficientemente estudiada en Colombia abriendo un debate prolijo en torno a los orígenes, características, modalidades y motivaciones de la “violencia” así como a sus métodos de investigación. Sin embargo, dichos estudios no han reparado suficientemente en su relación con la construcción de subjetividades. El objetivo del presente artículo es presentar, desde un enfoque de abordaje de la historia crítica y del tiempo presente, una reflexión de tipo analítico sobre el decurso de la guerra en nuestro país, en particular de las tres últimas décadas, advirtiendo algunas implicaciones psicosociales. El desarrollo de la tesis central girará en torno a dos elementos: de un lado, la violencia que actualmente vive el país tiene un carácter estructural de tipo político y social que se reproduce permanentemente incidiendo sobre el conjunto de la sociedad, y de otro lado, como parte del sostenimiento del estatus quo, la guerra psicológica usada como estrategia de dominación por parte de los sectores dominantes, ha estado involucrada de manera significativa en la construcción de los sujetos y subjetividades sociales y políticos.

Palabras clave: conflicto armado, construcción de subjetividades, mirada histórica, psicosocial.

Summary

The relationship between violence, politics and economics has been sufficiently studied in Colombia, opening a long debate on the origins, characteristics, modalities and motivations of “violence” as well as its research methods. However, these studies have not sufficiently repaired their relationship with the construction of subjectivities. The aim of this article is to present an analytical type of reflection about the course of the war in our country, particularly in the last three decades, with some psychosocial implications. The development of the central thesis will revolve around two elements: on the one hand, the violence that currently lives the country has a structural character of political and social type that reproduces permanently affecting society as a whole, and on the other hand, As part of the support of the status quo, psychological warfare used as a strategy of domination by dominant sectors, has been involved in a significant way in the construction of social and political subjects and subjectivities.

Keywords: armed conflict, construction of subjectivities, historical, psychosocial

¹ Investigador Social e independiente, Magister en Historia y Psicólogo de la Universidad Nacional de Colombia. Docente de la Facultad de Ciencias Sociales, Humanidades y Artes de la Universidad del Tolima y docente de la Escuela de Posgrados de la Universidad Manuela Beltrán.

Introducción

El tema de la violencia se ha constituido como uno de los fenómenos más estudiados por las ciencias sociales en nuestro país durante el siglo XX y lo que va corrido de este nuevo milenio, a tal punto que se ha instituido toda una vertiente de investigación referida a los “estudios sobre la violencia” y quienes se dedican a ello, han sido denominados “violentólogos” de manera casi similar a quienes en el marco de la guerra fría se dedicaban a estudiar a la Unión Soviética y fueron catalogados en algunas Universidades y Facultades de Occidente como “sovietólogos”.

Una mirada de la violencia ha sido trabajada ampliamente desde historiadores como Gonzalo Sánchez (1983; 2009), Malcom Deas (2009), Charles Bergquist (1981), Marco Palacios (2009; 2012), sociólogos de la talla de Fals Borda, Germán Guzmán y Eduardo Umaña (1986), Daniel Pécaut (1987), Javier Guerrero (2011) y politólogos como Mauricio Romero (2003; 2007), Mark Chernick (2008) y Eduardo Pizarro (1989), para nombrar solo algunos, estableciendo su análisis en torno al carácter de los protagonistas, a las motivaciones que la han suscitado y al contexto nacional y local en que se ha inscrito. Por tal razón no pretendo dar cuenta de lo que otros trabajos y autores han ya realizado suficientemente mediante sendas investigaciones.

Sin embargo, de tan amplia producción sobre el fenómeno resultan llamativos dos problemas interrelacionados que no se pueden pasar por alto: En primer lugar, estos estudios han tendido a darse en el marco de un periodo que es posterior a un incremento de la confrontación armada o en un ambiente político favorable para hablar de ello: por ejemplo luego de la caída del régimen militar y la implantación del Frente Nacional; durante los años ochenta en medio de las negociaciones

de paz Con Belisario Betancourt; en los años 90 luego de la Asamblea Nacional Constituyente y como preámbulo y consecuencia de la reinserción de organizaciones armadas bajo la administración de Cesar Gaviria, y más recientemente; en el marco de las negociaciones de la Habana que adelanta el gobierno de Santos con la guerrilla de las FARC que ha puesto casi de “moda intelectual” para un sector académico, el interés investigativo sobre el ambiguo y eufemístico “postconflicto” el cual es más preciso denominar “postacuerdo”. En segundo lugar, dichos estudios han sido influidos por intereses políticos y académicos diferenciados, lo que implica que este también es un campo de disputa por la construcción de la verdad histórica y la memoria colectiva, tal como lo fueron las “guerras de la historia” en la guerra fría denominadas así por el historiador catalán Josep Fontana, para advertir que la producción histórica se batía entre entender las dinámicas del conflicto y en consecuencia prevenirlo y/o manejarlo estableciendo una versión oficial y legitimadora del mismo, o con el fin de conocer y explicar de manera crítica los problemas reales y acciones de hombres y mujeres en un contexto temporal y espacial específico, donde se elabore una visión de la historia que explique en cada momento del pasado, y cada momento del presente, la barbarie y la naturaleza de los mecanismos que han engendrado una mayor desigualdad e injusticia (2001, p. 354-358).

De igual modo, habría que resaltar que dichos estudios sobre la violencia se han adelantado en menor medida por psicólogos, destacándose el caso de Edgar Barrero (2008; 2011), Emilio Meluk (1998) y Claudia Girón, Marcela Ceballos, Yolanda Rodríguez y Mauréen Maya (2012), además de varios informes adelantados por organizaciones sociales u ONGs (Médicos Sin Fronteras 2010, 2012; Cinep, 2011; Corporación AVRE y MOVICE, 2009) que a diferencia de países donde han existido Guerras Civiles como en Centroamérica -y que ha habido

una producción importante al respecto², evidencian una relación de asimetría en el desarrollo de este tipo de investigaciones entre las variables psicosociales respecto de las variables políticas, sociales y económicas, y de éstas, en relación con la producción de subjetividades.

Por tanto, en el presente texto intentaré desarrollar, en un primer momento, una reflexión en torno a los factores estructurantes y estructurales de la violencia en nuestro país. Posteriormente, presentaré una discusión sobre las implicaciones del conflicto armado en la producción de sujetos sociales y políticos en contextos de permanente violencia como ha sido el caso colombiano durante las tres últimas décadas. Finalmente, estableceré algunas consideraciones a manera de conclusión que lejos de cerrar la discusión, constituyan la apertura de posibles campos y horizontes de investigación.

Factores estructurales de violencia socio-política en Colombia

Lo primero que habría que reconocer es que el asunto de la violencia/guerra ha acompañado todo el proceso de construcción de nuestro Estado-nación desde la emergencia a la vida republicana en los inicios del siglo XIX hasta la actualidad, por lo cual Colombia ha sido un país de guerra endémica tal como lo sugiere Gonzalo Sánchez (2009). Esto quiere decir que desde el siglo XIX hemos padecido de una violencia permanente, constante, reflejada en 14 años de guerra de independencia; 8 guerras civiles nacionales; 14 guerras civiles locales; 2 guerras internacionales, y en el siglo XX una guerra internacional con el Perú, numerosos levantamientos locales; escenario

de una de las más grandes insurrecciones contemporáneas en 1948 que marcó un periodo de la historia nacional denominado la "Violencia" (Sánchez, 2009, p. 17) además de la guerra civil revolucionaria desatada desde mediados de los años 60 hasta nuestros días.

Lo anterior no significa, como sugieren algunos "culturólogos" de la violencia, que somos un pueblo per sé violento o violento por naturaleza, que va en nuestros genes, sino que dicha violencia corresponde a factores sociales, políticos, económicos y culturales de periodos específicos de nuestro proceso histórico como nación. Por tanto, la explicación de dicha condición, habría que encontrarla en una serie de factores estructurales – explicativos- que han dado y que siguen dando curso –al menos durante todo el siglo XX- a los niveles de violencia que se padecen.

Estos factores están relacionados con al menos seis variables: (a) La estructura agraria; (b) un desarrollo del capitalismo de manera desigual –geográfica y económicamente hablando-; (c) intereses de las clases dominantes como intereses nacionales; (d) carencia de un proyecto de nación; (e) alianza con el capital imperialista, y; (f) altos niveles de explotación económica, exclusión política y desigualdad social. Lo que lleva a afirmar que el conflicto armado en Colombia, el presente, heredero de los anteriores, no es solamente un conflicto armado sino un conflicto social, político y económico cuya forma armada es solo la expresión de tales tensiones y contradicciones, y en consecuencia, pensar en superar la violencia implica resolver los factores estructurantes que la reproducen y la degradan cada vez más.

La estructura agraria expresa una constante al menos en los últimos 100 años que las clases en el poder no han podido resolver en función de los intereses de quienes labran, cuidan y defienden la tierra, es decir, de las

2 Ver por ejemplo los trabajos en Guatemala de Jorge Rodríguez y cols. (2002) y en el Salvador de Corina Mejía (2010) y de Ignacio Martín-Baró (1990) y (2000).

comunidades campesinas, indígenas y afrodescendientes. Esa constante es el problema de la tierra en sus dos aspectos: la concentración de la tierra y los usos de la tierra (Bejarano, 1979; 1987).

Pese a los intentos reformadores de la ley 200 impulsada por López Pumarejo en 1936 y de la ley 135 de 1961 bajo el gobierno de Alberto Lleras, terminaron en la práctica favoreciendo a gamonales, terratenientes y capitalistas de la agricultura comercial mediante mayor concentración de tierras, aplazando la democratización y acceso a tierras por parte de los sectores populares rurales (Gilodhes, 1970). Esta situación ha estado en la base de diferentes conflictos sociales durante décadas y donde las "ligas" de colonos y campesinos de los años 30 y 40, los procesos de recuperación de tierras del movimiento campesino -articulado en la ANUC- e indígena -articulado en el CRIC- en los años 70, las movilizaciones de los campesinos cocaleros en los años 90 en el sur del país y las crecientes movilizaciones y paros en los últimos años, en particular las del 2013 y 2016 en distintas regiones de la geografía nacional – realizado por cacaoeros, lecheros, paperos, cafeteros, paneleros, mineros artesanales-, son la manifestación de rechazo más palpable desde los sectores populares ante dicha situación, y a su vez, la exigencia vehemente de adelantar una reforma agraria estructural.

Unido con lo anterior en Colombia durante el siglo XX se ha desenvuelto un tipo de economía ligada solo a algunos reglones agroindustriales y extractivistas como el café y el banano, o el petróleo y el carbón, y en menor medida a la industria manufacturera que han posibilitado la acumulación de capital y prosperidad para un selecto grupo de elites empresariales e industriales así como para un conjunto de compañías extranjeras que han desarrollado economías de enclave (Vega Cantor, 2004) como la Texaco Oil Company, la United Fruit Company, la Chiquita Brand y más recientemente la Drumond,

Pacific Rubiales y la Anglo Gold Ashanti, entre otras tantas.

Este tipo de capitalismo sugiere el desarrollo desigual de zonas y sectores económicos, esto es, de las zonas donde se asienta la producción ya sea en los grandes centros urbanos como Bogotá, Medellín, Cali (denominado el triángulo de oro) Barranquilla y Bucaramanga, o en la zona de Antioquia, el Viejo Caldas y el norte del Valle manteniendo en el abandono social y económico a amplias zonas rurales y urbanas del país con mínima integración respecto a las anteriores. De igual modo, se establece un desarrollo económico soportado en el sector primario y terciario de manera no homogénea y sin desarrollo del sector industrial de bienes intermedios y bienes de capital (Pearce, 1992). Situación que da cuenta por un lado, de la miopía de las clases en el poder al asumir sus intereses como los de toda la sociedad, y por otro lado, de la ausencia histórica de un proyecto de nación que involucre al conjunto de la población nacional en las definiciones políticas y en la redistribución de la riqueza y del bienestar.

En el periodo reciente, la expresión de fondo de los problemas arriba señalados se refleja en la noción de "desarrollo" desde el bloque de poder, que en la actualidad se condensa en sus "locomotoras económicas" y que bajo el gobierno de Santos dan continuidad a la política económica impulsada durante más de 20 años de neoliberalismo en la sociedad colombiana. Se trata de un modelo centrado en el "crecimiento económico", que supone el acaparamiento y explotación indiscriminada de tierras cultivables y de zonas protegidas (como bosques, paramos, selvas, reservas forestales, despensas agrícolas) al servicio de los grandes monopolios y multinacionales, y que mediante el despojo violento se han quedado con gran parte de las tierras de las comunidades. Modelo en función de los grandes agro-negocios y de la extracción minera que en tiempo record extrae a gran escala los

recursos naturales, destruyendo la naturaleza, hundiendo en la pobreza a las comunidades urbanas, agrarias y ancestrales, profundizando los niveles de explotación y exclusión, para terminar colocando a las empresas por encima de la gente y de su dignidad.

Los años 60, un nuevo periodo de guerra en Colombia: disputa por la hegemonía del poder.

La guerra que vivimos hoy marca sus inicios en el comienzo del Frente Nacional y el posterior surgimiento de la primera generación de insurgencias a mediados de los años 60, según la periodización que hace Gonzalo Sánchez en su libro "Pasado y presente de la violencia en Colombia" y que coincide, con el informe "Basta ya"³ dirigido por él. Entender este periodo implica reconocer la caracterización de esta nueva fase de guerra y de violencia en el país donde se establece una lucha abiertamente de clases, las clases populares y subalternas su asumen independientes de las clases dominantes, en una lucha contra el Estado y por la construcción de un nuevo régimen político y social: "Su objetivo declarado no es ya la simple incorporación al Estado, como en las viejas guerras civiles, sino simple y llanamente la abolición del régimen existente por parte de fuerzas político militares que se reclaman voceras del conjunto de las clases dominadas[...] donde la dirección y orientación ideológica como el liderazgo político y militar escapan por completo a las clases dominantes" (Sánchez, 2009, p. 19).

Este periodo, y para efectos de nuestro análisis, ha sido subperiodizado de igual modo para ver claramente las dinámicas y cursos a su interior, en 4 momentos (Grupo de Memoria Histórica, 2012), sin embargo, pondremos el acento en los tres últimos subperiodos:

- a) La transición de la violencia partidista a la subversiva (1958-1982).
- b) Proyección política, expansión territorial y crecimiento militar de las guerrillas; inicio y desarrollo de la Guerra sucia del Estado que va de la mano con el surgimiento de los grupos paramilitares, la irrupción y propagación del narcotráfico y el colapso parcial del Estado; (1982-1996).
- c) Recrudescimiento de la guerra, la radicalización de la opinión pública hacia una solución militar del conflicto (1996-2005).
- d) Ofensiva militar del Estado en su lucha contra insurgente (2005-2012).

En términos de asesinatos y afectación a la vida no sólo de combatientes sino de población no combatiente la Tabla No. 1 ilustra de manera comparativa las proporciones y dimensiones perversas de la confrontación en el periodo reciente.

Como vemos, el periodo más crítico fue entre 1996 y 2010. Si vemos en detalle este último comportamiento, en el lapso de una década hemos tenido los indicios iguales o por encima de las épocas más trágicas y acuciosas de nuestra historia nacional en el siglo XX, como lo fue la Guerra de los mil días (1899-1902) y la época de La Violencia (1946-1957).

Además habría que adicionar a dichas cifras que incluyen los genocidios de los años 80: el genocidio político de la UP y de organizaciones como A Luchar y el Frente Popular otras afectaciones de índole social, político y económico: en las dos últimas década según el MOVICE 5 millones de colombianos aproximadamente han sido desplazados y/o exiliados de manera forzada, dejando atrás, por abandono o por despojo, más de 5,5 millones

³ Ver Grupo de Memoria Histórica (2012). Informe Basta ya. Capítulo II. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.

Tabla 1. Cifras de la violencia política en Colombia en el Siglo XX

Acontecimiento	Número de víctimas asesinadas
La Guerra de los mil días	100.000
La Violencia	180.000
La Guerra Civil Revolucionaria	Entre 1958-2010, 220.000 de las cuales sólo entre 1996-2010 se asesinaron 187.000 personas

Fuente: aporte del autor con base en el informe Basta Ya.

de hectáreas de tierra; más de 35.000 sindicalistas asesinados e incontables cifras de amenazados por el terror estatal. Según el estudio de Girón y Cols. (2012), 51.000 personas han sido registradas como desaparecidas desde 1989, aunque solo para el periodo entre 2005 y 2010 fueron reportadas por la Fiscalía General de la Nación 1597 masacres y 34467 desapariciones forzadas cometidas por los paramilitares (p. 217). En el periodo más reciente, así mismo, el gobierno colombiano en su afán de mostrar resultados “positivos” de la política de seguridad democrática, ha vulnerado el derecho a la vida de más de 2.000 personas víctimas de ejecuciones extrajudiciales atribuidas al ejército nacional (MOVICE, 2012), sumado a la ubicación de 3.304 fosas comunes con 4.064 cuerpos de personas desaparecidas producto del conflicto social y armado (Girón 2012, p. 217)⁴. Mención especial hay que hacer a la privación de la libertad de los opositores políticos del régimen, existiendo más de 7 mil hombres

⁴ La información del MOVICE se corrobora con los datos suministrados por el informe “Basta Ya” y los estudios de Girón y col. Soportado en fuentes la Fiscalía General de la Nación y Organizaciones No Gubernamentales como Fondelibertad y El Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo. Pese a que las cifras no son iguales, sirven como indicativo general de la situación de derechos humanos en Colombia durante el último periodo.

y mujeres privadas de la libertad por razones políticas en las cárceles del Estado Colombiano (CSPP, 2011).

De este modo, las clases en el poder del Estado han desarrollado sistemáticamente una política de represión contra quienes representan propuestas o posibilidades de cambios avanzados para el país. Pero estas violaciones a los derechos fundamentales y a las libertades políticas se suman en nuestro país a las constantes y profundas vulneraciones en materia social y económica que padece la población colombiana debido a la implementación de la globalización imperialista neoliberal que ha convertido los derechos en mercancía, posibilitando que cada vez más, el Estado se desentienda de sus responsabilidades políticas.

Lo anterior configura una serie de elementos empíricos que supondrían establecer la tesis que en Colombia se ha establecido un proyecto político autoritario el cual se ha caracterizado por una profunda vulneración de todos los derechos humanos, en especial los derechos políticos y se ha configurado un régimen autoritario con elementos fascistas con profundas implicaciones en la construcción de subjetividades sociales y políticas. Pero ¿cómo hemos llegado a esta situación en la historia de nuestro país? A continuación, intentaremos ofrecer algunas unas respuestas sugerentes.

I. Implicaciones psicosociales de la violencia socio-política en Colombia

Explicar las relaciones que en contextos de violencia están involucradas en la construcción de subjetividades, y que, a su vez, dichos sujetos contribuyen a reproducir profundizando y prolongando el ciclo de la violencia socio-política, funcional al mantenimiento del estatus quo,

resulta ser una relación compleja para la psicología política y para la historia. Valdría la pena preguntarnos ¿Cómo ha logrado el establecimiento colombiano la aceptación y conformidad en amplios sectores de la población de la situación vulneración de derechos arriba descrita? ¿Qué sucede con las representaciones y procesos cognitivos de los sujetos inmersos en situaciones de violencia sociopolítica? ¿Qué relación se establece entre violencia político-social y construcción de subjetividades? ¿Qué transformaciones se han sucedido en Colombia desde el punto de vista de la psicología colectiva?

Este es un tema muy amplio y solo intentaré dar algunas pistas interpretativas, o si se quiere, una ruta de abordaje que habrá que profundizar mucho más en otros espacios y deberá ser el reto de historiadores, psicólogos, sociólogos, politólogos y organizaciones sociales en su conjunto.

La investigación histórica nos lleva a afirmar que la imposición/aceptación del modelo hegemónico ha significado la combinación de una serie de estrategias de dominación desde los sectores dominantes (Forero, 2012), siendo la guerra psicológica una de ellas, la cual operó durante este periodo como mecanismo de control de las mentes, los corazones y las actitudes de las personas en torno a los intereses económicos, políticos e ideológicos del proyecto dominante constituyéndose como mecanismo de influencia en el sentido propuesto por Scaglia y García⁵

5 La categoría de "procesos de influencia" trabajada por estos autores, pretende ahondar en las cuestiones que llevan al sujeto a cambiar su percepción individual de la realidad y su relación con el mundo exterior, e indagar por la aceptación que hace un sujeto de un determinado criterio u opinión, influido por su interacción con el otro. Su estudio sostiene que la influencia ejercida sobre un sujeto puede operar de tres maneras diferentes: mediante procesos de conformidad - respecto de la adecuación de un individuo a las normas de un grupo determinado-, de facilitación -para el sostenimiento de un rol- y de obediencia -cuando un individuo o grupo modifica su comportamiento a fin de someter a las órdenes directas de la autoridad y de un liderazgo (Scaglia y García, 2000, p. 44).

(2000). La categoría de guerra psicológica es entendida como "aquellas acciones generadoras de miedo y terror generalizado que buscan someter y ganar la obediencia de la población en general, y están acompañadas de mecanismos de ocultamiento sistemático de la verdad a través de una serie de operaciones de incidencia mental y emocional" (Barrero, 2008, p. 66).

2. La guerra psicológica como estrategia de construcción de subjetividades

La guerra psicológica en Colombia partió de una creciente frustración social y desesperanza popular producto de décadas de guerra y fue instalando en los sujetos sociales un sentimiento de angustia e inseguridad que los colocó, permanentemente, en situación de vulnerabilidad por la fragilidad ideoafectiva en que se encontraban. Esta fue la condición necesaria para ganar la obediencia individual y el sometimiento colectivo. Sin este elemento no se puede explicar el nivel de posicionamiento de la derecha radical fascista existente en nuestro país, la cual, en gran medida, se alimentó del pesimismo político y de la angustia por conservar la vida. Mediante la guerra psicológica se buscó explotar todos los factores del quehacer humano, preferencialmente las debilidades, vulnerabilidades, sentimientos y diversas condiciones de grupos sociales (Barrero, 2008, p. 113).

Es importante subrayar que el miedo estuvo en la base de la aceptación del proyecto político autoritario instaurado, es decir, que un elemento fundamental de esta estrategia consiste en la generación de pánico y miedo en la población, cuestión en la que hay que insistir. En efecto, la guerra psicológica como estrategia de construcción de subjetividad busca actuar sobre toda la estructura psíquica -ya de por sí primitiva- de las personas, busca

generar sentimientos de inseguridad y desencadena en la población un miedo masivo e incontenible, actuando sobre los procesos de construcción de sentido y significado de las personas. No de otra forma se puede explicar la razón por la cual personas, en condiciones de extrema pobreza y víctimas directas de la guerra política, apoyan y defienden proyectos políticos que no mejoran su condición de vida a largo plazo (Forero, 2013, p. 172). De este modo, la subjetividad fue colonizada y su conciencia política confiscada por medio de sentimientos de miedo, angustia, impotencia y terror tal como lo corrobora Edgar Barrero (2008, p. 114).

Para comprender este resultado habría que señalar algunos de los principios del trato a los partidarios del proyecto dominante bajo la guerra psicológica. Dichos partidarios deben recibir compensaciones sociales, materiales o morales a fin de garantizar su adhesión; adicionalmente se les deben reforzar y acelerar las acciones que alimenten la "guerra de nervios" a partir de rumores, movimientos, auto atentados, etc., y por ultimo; confundir a la opinión pública con olas de noticias.

De este modo, la estrategia de guerra psicológica genera dos tipos de actitudes diferentes pero interrelacionadas: de un lado, la indiferencia cómplice, y de otro, el miedo y la inseguridad, buscando indistintamente producir un impacto en la estructura psicológica de poblaciones enteras, de tal forma que se apoyen acciones designadas como justas y necesarias y se adhiera a ciertos ideales; convirtiendo a la población civil en actor directo/indirecto de la confrontación.

No obstante, esto no es un problema de buenas o malas voluntades, sino el resultado de unos procesos de dominación, de disputa por la construcción de la memoria histórica y unas políticas de seguridad con altas dosis de impunidad que han originado el establecimiento de

predisposiciones a actuar, pensar e interrelacionarse de esta manera, es decir, se han instalado en la subjetividad como parte de una estrategia de guerra.

Por tanto, la guerra psicológica, como mecanismo de control, hizo uso de diversas técnicas de afectación mental que iban desde la instalación de lógicas de guerra para naturalizar la muerte, el horror y la desaparición de los contradictores, pasando por la justificación moral de actos atroces como las masacres, las amenazas, el desplazamiento, entre otros, hasta llegar a la desproblematización absoluta en la que se decide no tomar partido y mantenerse alejado de cualquier forma de crítica pues se vive en estado permanente de zozobra y conformidad (García y Scaglia, 2000).

3. La guerra psicológica y su relación con la cultura política e imaginarios sociales.

En la producción de subjetividad -que implica tanto diversas formas que adoptan las creencias y las actitudes como de comportamientos que ellas sustentan-, converge un discurso y un imaginario orientados a la defensa y a la restauración, insertados en una cultura política que si bien podríamos afirmar, se mueve entre la legalidad y la ilegalidad, se caracteriza por responder a una personalidad popular autoritaria, pasiva, conformista, conservadora y religiosa, que tiende a comportarse en forma heterónoma y que lleva a aceptar que la vida política sea gobernada por el dogma y la jerarquía vertical, no por la razón, la igualdad y la participación.

Si "tres de cada cinco colombianos considera justificable que ante la ausencia del Estado, los ganaderos y terratenientes se hayan defendido por sí mismos, incluso

con las armas”,-como lo sostenía la revista Semana⁶ (2007), no sólo se debe al impacto en la sociedad del “discurso paramilitar” sino –y entre otras causas más– a la cultura política colombiana, aquella que convive con la legalidad y la ilegalidad y que entre sus elementos predominantes cuenta con el autoritarismo y el conservadurismo insertados en una continuidad de larga duración.

Así, en tanto que la cultura política nacional y local se mueve en la legalidad-ilegalidad, afirmamos que las lógicas culturales del paramilitarismo pueden convivir con políticas como las de cultura ciudadana que exaltan la concepción del sujeto obediente y tolerante, se propicia en las construcciones subjetivas no sólo la legitimación del actual orden de cosas, sino que se eluden alternativas serias a problemáticas vitales para la ciudad, como la pobreza, la exclusión, la corrupción o las raíces autoritarias de nuestra cultura política. En consecuencia, tanto la cultura ciudadana como los discursos e imaginarios impulsados por el paramilitarismo tendrían el mismo fundamento a explotar: una personalidad autoritaria.

En particular, la presencia y accionar de las AUC en varios lugares reforzaron los imaginarios de inseguridad, particularmente debido a que difundió una percepción de cercanía del conflicto armado. La proliferación y profundización de la confrontación armada llevaron a la exacerbación de los sentimientos de los pobladores mediante diversos mecanismos tales como las amenazas públicas y la limpieza social, las masacres, entre otros, con impacto simbólico, explotaron los imaginarios de miedo preexistentes.

En la medida que se acrecentaban estos imaginarios de violencia contra los ciudadanos, algunos sectores terminaban percibiendo como necesarias medidas

sin importar su carácter legal o ilegal para mejorar la seguridad, que son explotados de una u otra forma por el régimen político y en particular por las organizaciones paramilitares. Este imaginario de miedo, por ende, sirvió como un factor legitimante de las prácticas de “limpieza social” y, en el caso del paramilitarismo organizado, de su dominio sobre distintas poblaciones.

Habría que mencionar otra forma de infringir pánico de índole indirecto, pues no proviene de la experiencia directa con la violencia paramilitar, sino de un imaginario de miedo o percepción de inseguridad producto de la información de los medios de comunicación y de la comunicación por otros canales, como los rumores o la comunicación de oídas, sobre la cercanía del conflicto armado, del que los pobladores de la ciudad se habían sentido ajenos.

Para terminar, volvamos al plano de lo simbólico, pues allí también hay una intencionalidad de producir y afianzar imaginarios sociales. Hechos como el tratamiento de los cuerpos de las víctimas por parte de los victimarios, las masacres, los asesinatos selectivos, buscaron propagar entre los ciudadanos el miedo y una sensación de desamparo e inseguridad. La subjetividad se ve modelada como consecuencia de las acciones violentas y la imposición de su orden. La producción de subjetividad de los pobladores bajo el dominio paramilitar se basó en un ejercicio desmedido de la violencia con el fin de producir miedo en situaciones concretas. De este modo, el accionar de las organizaciones paramilitares impactaron en los procesos de producción de subjetividad: se trata, a partir de un asesinato o una masacre, ejemplificar lo que le puede suceder a un sujeto o grupo de sujetos, construido a partir de estereotipos como “corruptor” de la sociedad, si no modifica su comportamiento, con el fin de sentar un precedente de escarmiento para los demás. De esta manera, las fuerzas coercitivas quedan en el trasfondo,

6 Revista Semana, No. 1305, mayo 5 de 2007.

actuando como sistema de aplicación y amenaza, pero no de coerción abierta realizando una conexión con las necesidades sociales, para aprovecharse de ellas y generar autoridad, reputación y liderazgo, lo cual al final termina reproduciendo bajo la armadura legal, formas autoritarias, excluyentes y personalistas de defensa de la seguridad que reproducen, desde tal lógica legal, un orden autoritario de sociedad.

Son dos caras de la misma moneda y dos situaciones inmanentes la una a la otra. Si no hay miedo no hay sensación de inseguridad y viceversa. De ahí que este imaginario puede “legitimar” el accionar autoritario en algunos sectores en la medida que se sientan protegidos.

4. A manera de conclusión.

En primer lugar, hay que señalar que el conflicto colombiano que se expresa en múltiples violencias -una de ellas mediante la confrontación armada- es de carácter social y político, y su resolución se debe dar por la vía política de superar y resolver los factores estructurales que están comprometidos con su producción y reproducción. Esto significa, que para construir la paz se requiere de un lado, concluir exitosamente un proceso de diálogo entre el Estado y las insurgencias que reconozca las raíces del conflicto y garantice plenos derechos sociales, económicos y políticos al conjunto de la sociedad. Sin embargo, esto no será suficiente, pues, por otro lado, dadas las dimensiones del conflicto, se requerirá un proceso de al menos una o dos décadas, que reconstruya el Estado mismo, sus instituciones, el tejido social fragmentado y a los sujetos sociales y políticos heterónomos, solidarios y democráticos que demanda ese nuevo ideal de paz social.

En segundo lugar, resulta veraz que las implicaciones psicosociales en la población colombiana involucrada

en más de cuatro décadas de conflicto armado son múltiples respecto a las afectaciones ideológicas y comportamentales que cada vez más se han venido detectando tanto a nivel individual como a nivel colectivo. Al hablar específicamente de los procesos de construcción de subjetividades sociales y políticas hemos encontrado una relación sustantiva de la guerra psicológica, como estrategia de dominación y control en la producción un tipo particular de ciudadano, de poblador, temeroso de su prójimo, preocupado por la seguridad y capaz de legitimar abiertamente proyectos contrainsurgentes y autoritarios de sociedad. Esta es quizá la mayor implicación subyacente.

Dos aspectos jugaron un papel significativo en la manera en que la guerra psicológica contribuyó con la producción de subjetividad: de un lado, la exacerbación del miedo y la sensación de inseguridad soportados en el cansancio y la desesperación popular, y de otro lado, tal explosión emocional enlazada en la cultura política tradicional –autoritaria, conservadora y pasiva-, y en los imaginarios sociales frente a la guerra que terminaron legitimando el horror, la sevicia y la degradación del conflicto. Mediante estos dos elementos operaron procesos de influencia en los individuos haciendo uso de herramientas como la conformidad y la obediencia, instauradas a partir de las diferentes formas coercitivas y no coercitivas que les llevaron a la modificación de comportamientos a fin de someterse a las órdenes de la autoridad.

En tercer lugar, vale mencionar que el tipo de régimen autoritario con elementos fascistas instaurado en este país durante las últimas décadas, si bien se soporta en factores económico-políticos, su aceptación por parte de todo un pueblo o un sector importante de él constituye un asunto de naturaleza psicológica, tal como lo sugiriera Eric Fromm a propósito del nazismo. Es decir, que la

implantación del proyecto autoritario en Colombia, para lo cual se recurrió a la guerra psicológica, implicó qué sectores populares cansados del conflicto social y armado, con altos grados de desesperanza frente al futuro y a las respuestas dadas a la crisis tanto por la burguesía tradicional como por la misma izquierda, se vieron inclinados a acoger el autoritarismo como propuesta que aparentemente posibilitaba superar tal situación. La crisis social y de pobreza incrementaba la desesperación, por lo cual tales condiciones constituyeron la base psicológica sin la cual no hubiera podido desarrollarse dicho proyecto.

En cuarto lugar, un campo de disputa que hoy permanece abierto está dado por la construcción de la memoria colectiva y los procesos de verdad histórica que permitan superar la impunidad y el olvido, ofreciendo plenas garantías a todo un pueblo de la no repetición. Esta disputa se expresa entre los sectores subalternos que desean reivindicar lo anterior (víctimas, organizaciones sociales, políticas y populares, sectores demócratas) y los sectores dominantes (gamonales y terratenientes, industriales y clero comprometidos con el paramilitarismo, sectores de las fuerzas militares y del Estado) para quienes el interés por el dominio de la historia oficial y de los imaginarios así como la construcción de una memoria colectiva legitimadora de lo que ha sucedido, se ha vuelto una prioridad: desde allí se tiene la facultad de definir lo bueno y lo malo, lo hermoso y lo vil, lo valioso y lo deleznable, de nuestro presente y, por supuesto, de nuestro pasado.

Por último, una ruta -en lo inmediato- que tenemos a la mano será la de comprometerse en ir transformando, desde todos nuestros espacios -académicos, laborales, familiares, comunicativos y culturales, sociales y políticos-, ese sujeto heterónimo, superficial, acrítico y abyecto generado en estos procesos complejos de sostenimiento del status quo, pasando a construir subjetividades

autónomas, humanistas, librepensadoras, democráticas, desde el pensamiento crítico que tenga en cuenta los procesos históricos en los que hemos estado involucrados como sociedad, como pueblo y que considere todos los factores asociados a ellos para explicar las limitaciones, carencias y posibilidades de nuestro presente.

Finalmente, habría que valorar en futuras investigaciones otras posibles relaciones en los procesos de construcción de subjetividades, con otras estrategias de control y dominación desde los sectores que históricamente han tenido el poder, o establecer análisis que correlacionen las estructuras mentales de sujetos populares con bloqueos históricos ideo-afectivos de sociedades en perspectivas de larga duración.

Referencias

- Barrero, E. (2008). De Macondo a Mancuso. Bogotá: Cátedra Libre Ignacio Martín-Baró.
- Barrero, E. (2011). De los pájaros azules a las Águilas Negras. Estética de lo atroz. Bogotá: Cátedra Libre Ignacio Martín-Baró.
- Bejarano, J. A. (1979). El régimen agrario, de la economía exportadora a la economía industrial. Bogotá: La Carreta.
- Bejarano, J. A. (1987). El despegue cafetero (1900-1928). En: Ocampo, José Antonio (Com). Historia Económica de Colombia. Bogotá: Siglo XXI.
- Bergquist, C. (1981). Café y conflicto en Colombia, 1886-1910. Medellín: FAES.
- Chernick, M. (2008). Acuerdo posible. Bogotá: Ediciones Aurora.
- CINEP. (2011). Reparación psicosocial. Fundamento para la Reparación integral de Personas Víctimas del Conflicto Armado. Bogotá: Programa por la Paz.
- Comité de Solidaridad con los Presos Políticos. (2011). Encuentro Nacional de Presos Políticos. Larga vida a las Mariposas. Bogotá.

- Corporación AVRE y MOVICE. (2009). Impactos psicosociales de la violencia política. En: Módulos pedagógicos para promotores en Verdad, Justicia y Reparación. Bogotá: Arfo Editores e Impresores Ltda.
- Fontana, J. (2001). La Historia de los hombres. Barcelona: Crítica.
- Forero, J. (2012). Evolución del uribismo en Ciudad Bolívar: un análisis histórico 2002-2007. Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura. Vol. 39 No.1, enero-junio, 2012. págs. 145-180.
- Gilhodes, P. (1970). Las luchas agrarias en Colombia. Bogotá: Ediciones Tigre de papel.
- Girón, C., Ceballos, M., Rodríguez, Y. & Maya, M. (2012). Abordaje en torno a la memoria de las víctimas de la violencia sociopolítica. En: Astorga, S., Ayala, M. & Campos, E. Historia contemporánea de Colombia. Argentina: Centro de Estudios Trasandinos y Latinoamericanos.
- Grupo de Memoria Histórica (2012). Los orígenes, las dinámicas y el crecimiento del conflicto armado. En: Informe Basta ya. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Guerrero, J. & Acuña, O. (2011). Para reescribir el siglo XX. Colombia: La Carreta Editores y Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.
- Guzman, G., Fals, O. & Umaña, E. (1986). La Violencia en Colombia. Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- Malcom, D. (2007). "Algunos interrogantes sobre la relación guerras civiles y violencia" En: Sánchez, G. (Ed.). Pasado y presente de la violencia en Colombia. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Martín-Baro, I. (1990). Psicología Social de la guerra. Trauma y Terapia. Universidad José Simón Cañas, San Salvador: UCA Editores.
- Medina, M. (1984). La protesta urbana en Colombia en el siglo XX. Bogotá: ediciones Aurora.
- Martín-Baro, I. (2000). Acción e Ideología. Universidad José Simón Cañas, San Salvador: UCA Editores.
- Médicos Sin Fronteras (2010). Tres veces víctimas. Víctimas de la violencia, el silencio y el abandono. Caquetá, Colombia.
- Médicos Sin Fronteras (2012). Las heridas menos visibles: salud mental, violencia y conflicto armado en el sur de Colombia. Colombia.
- Mejía, C. (2010). Lecciones aprendidas en el acompañamiento y atención de la violencia sexual. El Salvador: UNFPA.
- Movimiento Nacional de Víctimas (2012). Informe General de la situación de Derechos Humanos. Bogotá.
- Palacios, M. (2009). El café en Colombia (4ª ed.). México: El Colegio de México.
- Palacios, M. (2012). Violencia pública en Colombia 1958-2010. Colombia: Fondo de Cultura Económica.
- Pearce, J. (1992). Colombia dentro del laberinto. Bogotá: Altamir Ediciones.
- Pécaut, D. (1987). Orden y Violencia: Colombia 1930-1954. Bogotá, Siglo XXI.
- Pizarro, E. (1989). Los orígenes del movimiento armado comunista en Colombia: 1949-1966. Bogotá: Revista Análisis Político No. 7, mayo-agosto, p. 3-35.
- Rodríguez y cols. (2002). La salud mental en situaciones de conflicto armado. En: Revista Biomédica 22:337-p. 46. Guatemala.
- Romero, M. (2003) Paramilitares y Autodefensas 1982-2003, Bogotá: Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales. Universidad Nacional de Colombia.
- Romero, M. (2007). "Paramilitares, narcotráfico y contrainsurgencia: una experiencia para no repetir" En: Sánchez, G. (Ed.). Pasado y presente de la violencia en Colombia. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Sánchez, G. & Meertens, D. (1983). Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la violencia en Colombia. Bogotá: El Áncora.
- Sánchez, G. & Peñaranda, R. (2009). Pasado y presente de la violencia en Colombia. Bogotá: La Carreta Histórica.
- Scaglia, H. & García, R. (2000). Psicología. Fenómenos sociales. Buenos Aires: Eudeba.
- Vega Cantor, R. (2002). Gente muy Rebelde. Tomo I. Bogotá: Ediciones Pensamiento Crítico.